Zeitschrift: Textiles suizos [Edición español]
Herausgeber: Oficina Suiza de Expansiòn Comercial
Band: - (1952)
Heft: 4

Artikel: Carta de Nueva York
Autor: Chambrier, Th. de
DOI: https://doi.org/10.5169/seals-797062

Nutzungsbedingungen
Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Mehr erfahren

Conditions d'utilisation
L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. En savoir plus

Terms of use
The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. Find out more

Download PDF: 11.08.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, https://www.e-periodica.ch

Carta de Nueva York

Empieza el invierno bajo el signo de la mayor variedad en la esfera de la moda. Variedad en las líneas, en los colores, los tejidos, la hechura de los vestidos, de los abrigos y de los trajes. A pesar de su fabricación en masa, la confección americana logra ser tan diversa, moviente y caprichosa como pudiere desearse. La moda norteamericana para el vestir se encuentra lejos de estar estandardizada por aquel poderoso equipo industrial y en ello se manifiesta su extraordinaria vitalidad, su juventud.

Afluyen de París a Nueva York las ideas, los modelos. Londres, Italia, España, Viena, Méjico o las Indias Orientales también aportan, turnándose, sus influencias, sus especialidades más o menos típicas, de acuerdo con las tendencias de cada instante. Llegan los tejidos de Francia, de Escocia, de Suiza. Todo el mundo vierte unos cuantos de sus productos más característicos en aquel vastísimo obrador que constituye Nueva York para la moda en su conjunto, en los Estados Unidos.

A pesar de aportaciones tan diversas, a pesar de la influencia cada vez más marcada de las creaciones de París que se advierte en las colecciones norteamericanas, Nueva York consigue conservar la mayor independencia en cuanto al aire general de sus modelos para el invierno y la primavera próximos. Los mismos modistos parisienses se dieron cuenta de que tenían que dar un carácter especial a sus vestidos para que gustasen a la mujer norteamericana y, por ello, crean modelos para América, destinados a ser copiados en masa, a ser adaptados simplificándolos e interpretados con los tejidos americanos o importados, pero menos exclusivos que los tejidos empleados por la « Alta Costura » francesa.

La moda parisiense, después de atravesar el Atlántico, no sigue estando reservada únicamente para la flor y nata más afortunada. Se esfuerza por llegar a ser más sencilla, menos lujosa, quizás también menos individual, pero más deportiva. Debe adaptarse a una clase media uniformemente bien vestida desde un confín al otro de los Estados Unidos, pero poseyendo gustos prácticos y más sencillos. Solamente los grandes vestidos de gala o los destinados a las ocasiones excepcionales, al teatro, al cine, pueden permitirse las mayores fantasías. Pero para que lleguen a ser accesibles a la mujer norteamericana en general, los modelos de la Alta Costura se vuelven razonables de modo que puedan convenir para el hábito de vida americano. La elegante de Nueva York trabaja en la oficina o en su almacén, realiza sin ayuda sus labores caseras y, cualquiera que sean las facilidades que les procuran los aparatos eléctricos, el cuidado de la casa es para ellas una especie de deporte que excluye las complicaciones del vestir y también los tejidos cuya conservación resulta cara, demasiado frágiles para el lavado o el planchado.

La confección de ropas hechas en Norte-América da este invierno a sus productos, lo mismo a los originales que a sus adaptaciones de modelos parisienses, un notable sello de elegancia a pesar de su relativa sencillez. Lo mismo si son caros que de precio medio, o hasta baratos, los vestidos que pueden verse son de hechura esmerada, de corte perfecto y de una increible variedad de líneas, de estilos, de tonos y de tejidos. El invierno de 1952-53 es el de los tejidos hermosos, y le sucederá un espléndido brote primaveral de telas tan encantadoras como prácticas.

Probablemente se debe al modo de vivir simplificado de la mujer de nuestros días gran parte de los progresos realizados en el tisaje, el acabado, el apresto, el teñido de las fibras textiles naturales o sintéticas. Estos perfeccionamientos simplifican la conservación de los vestidos y de la lencería hasta la más mínima expresión. Permiten viajar con reducido equipaje, ya que los más finos artículos pueden ser lavados sin necesidad de plancharlos, lo mismo si se trata de ropa interior que de blusas o vestidos y ya que los tejidos empleados para los trajes y los abrigos no se arrugan con el uso.

No se trata únicamente de que las nuevas fibras textiles, tales como el nylon, el orlon, el devron, el acrilan pueden combinarse perfectamente con la seda, la lana y el algodón, ni que estos materiales adquieran las preciosas cualidades que les confieren las fibras artificiales, sino que existe además otro elemento más que viene a sumarse al auge extraordinario que presenciamos en la esfera de los textiles : Bajo el signo de la competencia, el sútil arte del tejedor ha vuelto a despertar tras un largo sueño y ha encontrado en las colecciones de muestras de antaño una multitud de encantadoras ideas que, rejuvenecidas y adaptadas a nuestro gusto moderno, producen tejidos de un efecto tan juvenil como inesperado.

Los reps, los otomanes, las guingas, los velos lisos o labrados, los organdíes de todas clases, las sedas brochadas, los brochados tejidos o, sencillamente, estampados, interpretan de un modo nuevo casi todos aquellos tejidos frágiles o suntuosos que servían para adornarse a las bellas del tiempo de la reina Victoria. Desprovistos de su tiesura arcaica, de su fragilidad, esos tejidos de antaño nos son devueltos como tesoros que surjen del fondo de un cofre secreto y, como por milagro — la ciencia los hace accessibles a todas las americanas, a las jóvenes secretarias o vendedoras, lo mismo que a las « jefas » y a las mujeres de la alta finanza, del teatro y del cine.

Entre los tejidos que actualmente ofrecen la mayor variedad, pueden citarse y admirarse los que sirven ahora para los vestidos de algodón que se llevan los doce meses del año. Suiza, especializada desde hace varias generaciones en el tejido de los algodones finos, aporta a la moda nueva un surtido importante de telas y de bordados de San Gall, modernizados y tan individualizados como es posible, para contentar hasta a las más exigentes entre las mujeres. Pasa lo mismo con las sedas de Zurich, cuya calidad técnica es tanto más preciosa debido a sus modalidades de trabajo, es decir, a la elección sútil de las texturas, los tonos de color, las mezclas y los acabados.

Bordados de San Gall, cintas de seda de Basilea, trenzas de celofán de Wohlen, puntillas de crin — también estas, reminiscencias del siglo pasado — Todos estos accesorios tal femeninos se combinan con los tejidos para llegar a crear toaletas juveniles y frescas, vestidos de baile, tan seductores los unos como los otros.

Th. de Chambrier.